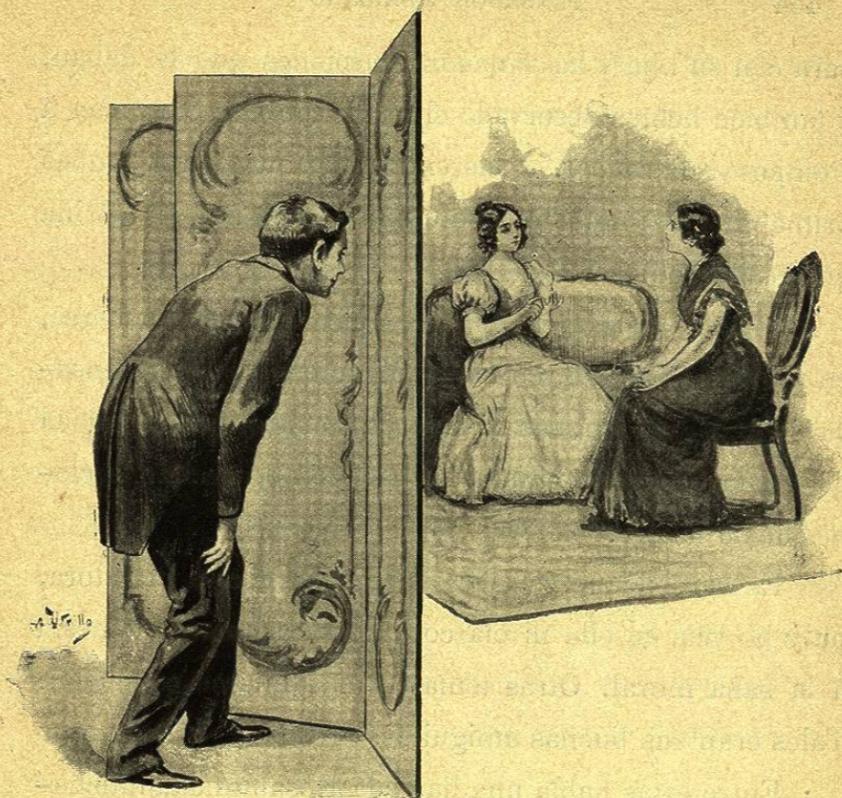


Aquí llegaba el coronel, cuando entró Pudenciana avisando que ya estaba la cena.

El coronel mandó poner la mesa y se fué á cenar con su familia.



## CAPITULO XX

En el que se refiere la conferencia de Pomposita con una amiga suya y el solemne modo con que los colegiales le pusieron por nombre QUIJOTITA

¡Qué cierto es que los hijos, por lo común,<sup>1</sup> son lo que los padres quieren que sean ó como los hacen ser, ó con su educación ó con su ejemplo!

Ya hemos visto la conducta del coronel y de Matilde

<sup>1</sup> No en lo general; porque hay padres muy buenos que hacen cuanto está de su parte para que sus hijos se logren, y sin embargo, éstos se pervierten por sí mismos; pero esto es lo más frecuente. Regularmente los hijos aprenden de las costumbres de sus padres y corresponden á la educación que se les da.

para con su hija y las sanas instrucciones que le daban, y también hemos observado el modo con que educaron á Pomposa sus padres. Nada extraño es que fueran ambas primas tan distintas en costumbres, como fué la doctrina que recibieron.

Pomposita todo el tiempo lo empleaba en componerse, en mirarse al espejo, en hacer ademanes ella sola y ensayarse á hacer dengues y favores con los ojos, ayudada del cristal en que se pintaba su carita, y en recibir lecciones de su madre.

Es verdad que esta era su menos nociva directora, pues no veía en ella ni oía cosa descaradamente opuesta á la sana moral. Otras tenía de más infame condición. Tales eran sus buenas amiguitas.

Entre éstas había una llamada Rosamunda, muchacha pobre, alegre y lisonjera. Ésta había cautivado el corazón de Pomposita, de suerte que era la depositaria de sus secretos y la plenipotenciaria de sus negocios. El lector querrá hacerse cargo de su carácter y debemos en esto darle gusto.

Una tarde estando sola con Pomposita, sin advertir que yo la espiaba por el agujero de una mampara, platicando con ella, le decía:

—En verdad, niña, que... no es por levantarte los cascotes, pero no eres bonita sino linda. ¡Caramba! que tienes una cara como el sol. Es mucho que á la hora de

esta no tengas un sin fin de enamorados; yo no soy ni para descalzarte y con todo eso tengo cuatro.

—¿Cómo no? decía Pomposa, yo también tengo diez que me solicitan para casarse conmigo y ninguno me gusta. Mira tú: uno es oficinista, tres son militares y me han enamorado por sus grados, porque uno es teniente, otro capitán y otro teniente coronel; mas ¿qué me puede dar ninguno de ellos, si todos están á ración de hambre? Otro de mis enamorados es médico, muy bueno para ponerme á dieta; otro es abogado, que me dará muy lindos pareceres; tres son colegiales, de los que ya sabes que no llega su principal á una peseta; el último, que es el mejor de todos, es comerciante, y no pasa de un trapero. Ya verás tú qué tales son mis novios.

—¿Conque en resumidas cuentas, decía Rosamunda, ninguno de ellos te gusta?

—No, ninguno, porque el mejor es el comerciante y no pasa de un baratillero por mayor. Aunque me pueda dar lo que yo necesite, ¿quién sabe si tendrá para ponerme coche? y por fin, yo no me tengo en tan poco, que ya que me case, me contente con quedarme con mi nombre. No, yo he de mudar de nombre cuando me case, ó no me caso nunca.

—Pero, mi alma, ¿como te has de mudar nombre? Sólo las monjas hacen eso, decía Rosamunda; esa

mudanza que tú quieres hacer, me coge muy de nuevo.

—Pues entiéndelo, proseguía Pomposa; yo aspiro á casarme con un título para que no me digan la señora doña Pomposita, sino la marquesa de aquí ó de acullá. Mi sangre es ilustre, no soy pobre ni vieja, y así no pierdo la esperanza.

—Ni la debes perder, decía la amiga; otras menos que tú han enmarquesado de la noche á la mañana; conque tú, que eres como una plata de bonita y con tantas gracias, como saber bailar, tocar y cantar, ¿por qué no has de poder ser marquesa ó cuando menos condesa ó baronesa?

—No, eso de baronesa no me cuadra. Las baronías se quedan para los varones; pero los demás títulos para las señoritas de mi clase. Tampoco me cuadra casarme con un conde, porque entonces quitándome el *sa*, con *nada* quedo condenada; y así no, marquesa, marquesa en todo caso.

—¡Qué discreta eres, mi alma! ¡qué aguda! decía la adúladora Rosamunda; ¡mira qué bien y con qué gracia jugaste el equívoco de condesa y condenada! ¡Vaya, si tú tienes mil gracias! cada día tienes más de quépreciarte. Pero volviendo á nuestro cuento, tú haces muy bien de pensar de ese modo.

—¡Y como que sí! contestaba Pomposa; yo he de

ser de título y pésele al que le pese. ¡Ay, niña! ¿habrá gusto como oirse llamar de señoría, y no ese usted y ese doña fulanita por aquí y doña fulanita por allí, que ya me tiene hasta los ojos? Marquesa he de ser, ó me he de quedar para vestir imágenes. Si yo quisiera casarme, ya ves tú que me sobran novios; pero ninguno de ellos es marqués y así se quedarán *sinque*; <sup>1</sup> pero eso de que yo les dé mi palabra *¿cuándo amores?* <sup>2</sup> Ello es cierto que á todos los entretengo y les doy esperanzas; pero no más por chonguear y pasar el rato, y no porque los quiera.

—Haces muy bien, niña, decía Rosamunda, de entretenerte con esos babosos. Tú no tienes necesidad; pero si la tuvieras, te diría que les arrancarás á todos cuanto pudieras, cosa que es muy fácil en sabiendo el modo. El asunto es decirle á cada uno de por sí que es el preferido en nuestra estimación; que es el único que queremos y que no amaremos á otro, ni por todo el oro del mundo. Con esto se engañan todos á un tiempo y se dejan desollar vivos. Pero no apruebo yo el modo de algunas tontas pedigüeñas que enfadan á los hombres, pidiéndoles luego luego y por lo claro. Esto no es saber vivir. Lo que debe hacer una muchacha de mérito como tú es escasear mucho sus favores á los amantes;

<sup>1</sup> Refrancillo muy vulgar.

<sup>2</sup> Id.

irlos poco á poco apasionando y cuando ya están borrachitos, entonces no se les pide nada por lo claro, sino que se les da á entender que una necesita esto ó que le cuadra lo otro. Apenas una mujer se expresa con ellos de este modo, cuando los muy bobones se endrogan, se despulsan y se sacrifican; pero traen lo que una quiere, y entonces hace una que agradece la cosa, pero que no la quiere recibir, porque eso sería un chasco, y ¡qué sé yo y qué sé cuándo! Ellos se apuran porque se les reciba lo que han traído; una se resiste, hasta que por fin se coge, porque no digan que es desaire, y se dan muchísimas gracias. De este modo se pelan vivos y se quedan muy contentos los hombres, creyendo que una no es interesable y que le hace mucho favor en pelarlos.

Tal era el carácter de la directora de Pomposa, y de éstas tenía varias. ¿Qué tal saldría ella?

En efecto, era cierto que visitaban su casa algunos colegiales y que le echaban sus polvillos, pero de colegial; quiero decir, la chuleaban y se entretenían con ella dándole á entender que la adoraban, y la pobre creía sus mentiras como los artículos de la fe. Algo hubiera dado porque no hubiera pisado su casa un colegial, pues á esta familia debió el titular contra su gusto, como vamos á ver.

Siete de ellos visitaban á doña Eufrosina y á Pom-

posita, que más valía que la hubieran visitado los siete pecados capitales. Todos eran la piel de Barrabás; pero el más maldito era un payo alto, obeso, chato, carirredondo, de ojos alegres y saltones á quien llamaban en el colegio Sansón Carrasco. Este fué el soberano que tituló á la pobre Pomposita con la mayor solemnidad.

Una noche que el diablo lo tentó para el efecto, convidó á su cuarto ó aposento á sus amigos y contertulios, y luego que entraron cerró la puerta con llave, los hizo sentar á la redonda de su mesa, y sin muchos cumplimientos les dijo:

—Camaradas, he llamado á ustedes para que entre todos nos soplemos amigablemente un regalito que mi señor padre me ha enviado de mi tierra.

Diciendo esto, sacó de su baúl dos quesos, un par de cajetas y unos bizcochos, y de la ventana bajó una tinajita de agua y un vaso. Lo puso todo sobre la mesa y en un instante le dieron vuelta al refresco.

Así que acabaron, sacó cada uno su paño de narices y se limpió el dulce de las manos y la boca. Iba uno á tomar el bandolón; pero lo embarazó nuestro payo, quien, sentándose en el lugar preferente, les dijo con mucha seriedad:

—Señores, amigos y compañeros míos: después que habemos refocilado las barrigas con estas pocas migajas que nos han hecho favor de regalarnos, bueno será que